

días: la que anda anónima con el mismo título en ediciones sueltas por ningún concepto puede atribuirsele. Versan sobre el mismo argumento dos tragedias clásicas del siglo XVIII, *Sancho García*, del coronel Cadalso, y *La Condesa de Castilla*, de Cienfuegos, enteramente oscurecidas por el brillante y popular *Sancho García*, de Zorrilla. Sobre la muerte del infante don García hay una infeliz tragedia del Marqués de Palacios, *El Conde Don García de Castilla* (1788) y un drama de García Gutiérrez, *Las bodas de Doña Sancha*, no de los más afortunados de su repertorio. De la leyenda de los hijos de D. Sancho el Mayor, se apoderó Lope de Vega en su hermosa comedia *El testimonio vengado*, que refundió Moreto en *Cómo se vengan los nobles*, renovando Zorrilla el argumento en *El caballo del rey don Sancho*.

V

Los ciclos históricos.—d). Los Infantes de Lara.

En este ciclo nuestra tarea es muy fácil; se reduce á compendiar el libro magistral de D. Ramón Menéndez Pidal, *La leyenda de los Infantes de Lara* (1896), que es, sin disputa, el más poderoso esfuerzo que ha realizado la crítica española sobre nuestra epopeya de la Edad Media, desde 1874, fecha del memorable tratado de Milá y Fontanals acerca *De la poesía heroico-popular castellana*, con el cual puede decirse que empezó el período científico para este género de investigaciones. No pretendemos, en modo alguno, agotar el riquísimo contenido de la obra del Sr. Menéndez Pidal, ni menos discutir ninguno de los textos que con admirable rigor de método publica y restaura. Indicaremos sólo, tomándole por guía, las principales fases de la evolución épica, que hasta ahora resulta más completa en este tema que en otro alguno, por haberse perdido menos anillos intermedios.

No hay texto de la leyenda de los siete infantes anterior al muy detallado relato de la *Crónica General*; pero éste (basta leerle) es mera transcripción de un texto épico, quedando todavía huellas de versificación y muchos asonantes. Es la única forma en que conocemos el cantar primitivo, que fué seguramente el más grandioso, el más trágico, el más inspirado de todos: «Aquí vos diremos de los Siete Infantes de Salas, de cuemo fueron traydos et muertos en el tiempo del rey don Ramiro et de Garci Ferrández, cuende de Castiella».

He aquí los puntos capitales de esta sombría epo-

peya de la venganza, compuesta seguramente en el siglo XII, como todas nuestras grandes *gestas*:

«Un *alto ome* del alfoz de Lara, llamado Roy Blasquez, Señor de Vilviestre, casó con una *dueña* de muy gran guisa, natural de la Bureva, *prima cormana* del conde Garci Ferrández, llamada Doña Lambra» (Llambla-*flamula*, en los textos más antiguos). Empezaba el poema con la descripción de las bodas, que se celebraron espléndidamente en Burgos, durante cinco semanas, con los acostumbrados regocijos de *bofordar*, quebrantar tablados, correr toros, juegos de tablas y de ajedrez, y cantos de juglares. Asisten á las bodas la hermana de Roy Blasquez, Doña Sancha, mujer de Gonzalo Gustios, y sus siete hijos, llamados los infantes de Salas, á quienes en un mismo día había armado caballeros el Conde de Castilla. Sobre un lance de quebrantar el tablado, trábese disputa entre Alvar Sánchez, primo de Doña Lambra, y los hijos de doña Sancha. El menor de ellos, Gonzalo González, ofendido por una expresión jactanciosa de Alvaro («Si las dueñas de mí fablan, fazen derecho, ca entienden que valo más que todos los otros»), dale tan gran puñada en el rostro, quebrantándole dientes y quijadas, que le tiende muerto á los pies de su caballo. Doña Lambra «quando lo oyó, comenzó á meter grandes voces, llorando muy fuerte é diziendo que ninguna dueña así fuera desonrada en sus bodas cuemo ella fuera allí». Roy Blasquez, deseoso de vengar la afrenta de su mujer, hiere á Gonzalo, y éste, no hallando á mano otra arma, le afea horriblemente el rostro con el azor que traía en el puño su escudero. Encréspace la pelea entre los opuestos bandos: el Conde y Gonzalo Gustios se ponen por medio y consiguen separarlos. Hácese un simulacro de reconciliación, y la contienda queda, al parecer, apaciguada, yendo Doña Sancha, sus hijos y su ayo á acompañar á Doña Lambra en su heredad de Barbadillo, para darla placer cazando con sus azores por la ribera de Arlanza. Pero la vengativa due-

ña no olvida el cuidado de su deshonra, y hace que un criado suyo afrente á Gonzalo de la manera más injuriosa, arrojándole al pecho un cohombro hinchado de sangre, corriendo luego á refugiarse bajo el manto de Doña Lambra, signo de protección que no respetan los infantes, matándole allí mismo, y salpicando con su sangre las tocas y los paños de su señora.

Terrible fué la desesperación de Doña Lambra y extraordinarias las muestras de dolor que hizo después de tan feroz desacato. «Fizo poner un escaño en medio de so corral, guisado et cubierto de paños cuemo para muerto; et lloró ella et fizo tan grand llanto sobré con todas sus dueñas tres días, que por maravilla fué, et rompió todos sos pannos, llamándose bibda et que non avie marido». A persuasión de aquella furia urde su marido la más negra intriga contra su cuñado y sus sobrinos. Finge perdonarles el agravio, los halaga con palabras y ofrecimientos engañosos, logra la confianza de Gonzalo Gustios, y le envía á Córdoba con una carta suya, en lengua arábica, para Almanzor, encargándole que descabece al mensajero, y que se acerque luego con su hueste á la frontera de Castilla, donde él le esperará para entregarle los siete infantes hijos de Gonzalo, «ca éstos son los omnes del mundo que más contrallos vos son acá en los christianos et que más mal vos vuscan, et pues que éstos oviédes muertos, avredes la tierra de los christianos á vuestra voluntad, ca mucho tiene en ellos grand esfuerço el cuende Garci Ferrandez». Almanzor, más generoso que su pérfido amigo cristiano, se contenta con poner á Gustios en prisión no muy dura, dándole para su servicio una *mora fijadalgo*, de la cual tuvo un hijo, que fué con el tiempo el vengador Mudarra Gonzalez.

La segunda parte de la venganza tiene más cumplido y sangriento efecto que la primera. Roy Blasquez invita á sus sobrinos á hacer una entrada en tierra de moros. Parten los infantes con doscientos caballos, y al salir del alfoz de Lara y atravesar el pinar de Ca-

nicosa, ven temerosos presagios («Ovieron aves que les fizieron muy malos agüeros»), los cuales interpreta su ayo el anciano Nuño Salido, que era muy buen agorero. «Et con el grand pessar que ovo de aquellas aves, que le parecieron tan malas et tan contrallas, tornósse á los Infantes et díxoles: «Fijos, ruégoos que »vos tornedes á Salas, á vuestra madre doña Sancha, »ca non vos es mester que con estos agüeros vayades »más adelante; et folgarédes y algund poco, et com- »bredes et beuredes y alguna cosa, et por ventura ca- »miarse os han estos agüeros». Dixole estonces Gon- »çalvo Gorçalez, el menor de los hermanos: «Don Mun- »no Salido, non digades tal cosa, ca bien sabedes vos »que lo que nos aqui levamos non es nuestro, sinon »daquel que faze la hueste, et los agüeros por él se »deben entender, pues que él va por mayor de vos et »de todos los otros; mas vos, que sodes ya omne gran- »de de edat, tornat vos para Salas si quisiéredes, ca »nos yr queremos toda via con nuestro sennor Roy »Blasquez». Dixoles estonces Munno Salido: «Fijos, »bien vos digo verdad, que non me plaze porque esta »carrera queredes yr, ca yo tales agüeros veo que nos »muestran que con mengua tornaremos á nuestros lo- »gares. *Et si vos queredes crebantar estos agüeros, en- »viad dezir á vuestra madre que cubra de paños siete es- »caños, é póngalos en medio del corral et llórevos y por »muertos»* (1).

Los infantes desprecian los avisos de su ayo, y llegan á la vega de Febros, donde los esperaba su tío Roy Blasquez, quien, realizando su diabólico plan, los lleva á Almenar (2) y les manda á correr el campo, quedando él en celada con todos los suyos. De improviso se ven cercados los infantes por más de 10.000

(1) Este trozo es uno de los que más patentes huellas de versificación asonantada ofrecen, como ya notó Milá, y es, además, curiosísima la superstición á que alude.

(2) Al sudeste de Soria.

moros; comprenden que su tío los ha vendido. se encomiendan á Dios y al apóstol Santiago, resisten heroicamente con sus 200 caballeros, matan gran muchedumbre de moros, y sucumben al fin bajo la pujanza del número. El ayo es el primero que se hace matar, por no tener el desconsuelo de ver la muerte de los que con tanto amor había criado. «Munno Salido, so amo, començóles estonces á esforzar, diciéndoles: «Fijos, esforzad, et non temades, ca los agüeros »que vos yo dixé que vos eran contrallos, non lo fazién, antes eran buenos además, ca nos davan á entender que vençriemos et que ganari mos algo de »nuestros enemigos; et digovos que yo quiero yr luego »ferir en esta az primera; et daqui adelante acomien- »do vos á Dios». Et luego que esto ovo dicho, dió de las espuelas al cavallo, et fué ferir en los moros tan de rezio, que mató et derribó una gran pieça dellos...»

Muertos los 200 caballeros que acompañaban á los infantes; muerto también uno de éstos, Fernán González, suben sus hermanos á la cima de un otero, y piden treguas á los moros Viara y Galve, mientras envían un mensaje á su tío para que venga á socorrerlos. Los moros conceden la tregua, pero el implacable don Rodrigo responde al mensajero: «Amigo, y á buena ventura; ¿cuemo cuedades que olvidada avia yo la desondra que me feciestes en Burgos, cuando matastes á Alvar Sanchez; et la que feziestes á mi mujer donna Llabra, quando le sacastes el omne de so el manto et gele matastes delante, et le ensangrentastes los paños et las tocas de la sangre dél; et la muerte del cavallero que matastes otrossi en Febros? Buenos cavalleros sodes: pensat de anparar vos et defender vos, et en mi non tengades fiuza, ca non avredes de mi ayuda ninguna». Viara y Galve se apiadan, por un momento, de los infantes, los llevan á sus tiendas y los confortan con pan y vino; pero el feroz Roy Blasquez se opone con todo género de amenazas á que los dejen con vida. Trábase de nuevo la pelea; los moros «fieren

sus atambores, y vienen tan espessos como gotas de lluvia»; y los infantes, cansados ya de lidiar y de matar, cercados por todas partes, quebrantadas ó perdidas todas las armas, caen en poder de los infieles, y son descabezados uno á uno, por el orden mismo de su edad, «assi cuemo nascieran». El menor de todos, Gonzalo González, mata todavía más de 200 moros antes de sucumbir. Roy Blasquez se vuelve á su lugar de Bilvestre, y los moros llevan como trofeo á Córdoba las cabezas de los siete infantes, y la de Nuño Salido su ayo. Almanzor las manda «lavar bien con vino, fasta que fuesen bien limpias de la sangre de que estaban untadas; et pues que lo ovieron fecho, fizo tender una sábana blanca en medio del palacio, et mandó que pusiesen en ella las cabeças, todas en az et orden, assi cuemo los infantes nascieron, et la de Nunno Salido en cabo dellas».

Y aquí llegamos á la escena más bárbaramente sublime de esta negra epopeya. Almanzor saca de la prisión á Gustios y le muestra las cabezas, por si puede reconocerlas, «ca dizen mios adalides que de Alfoz de Lara son naturales...» «Et pues que las vió Gonçalo Gustios, et las conosció, tan grand ovo ende el pesar, que luego al ora cayó por muerto en tierra; et desque ovo entrado en acuerdo, començó de llorar tan fieramiente sobrellas, que maravilia era. Desi dixo Almançor: «Estas cabezas conosco yo muy bien, »ca son de mios fijos, los infantes de Salas, las siete; »et esta otra es la de Nunno Salido, so amo que los »crió.» Pues que esto ovo dicho, començó de fazer so duelo et so llanto tan grand sobrellos, que non ha omne que lo viesse que se pudiese sofrir de non llorar; et desi tomara las cabeças una á una et retraye, é contare de los infantes todos los buenos fechos que ficiéron. Et con la grand cueyta que avie, tomó una espada, que vió estar y en el palacio, et mató con ella siete alguaciles, allí ante Almançor. Los moros todos traxeron entonces dell, et nol dieron vagar de más danno

y fazer; et rogó ell allí á Almançor quel mandasse matar; Almançor, con duelo que ovo dell, mandó que ninguno non fuesse osado dél fazer ningun pesar».

Pero en este momento de suprema angustia surge un rayo de consuelo y esperanza: «Gonzalo Gustios, estando en aquel crebanto, faziendo so duelo muy grand, et llorando mucho de sos oios, veno á ell la mora que dixiemos quel sirvie, et dixol: «Esforçad, »sennor don Gonçalvo, et dexad de llorar et de aver »pesar en vos, ca yo otrossi ove doze fijos muy buenos »cavalleros, et assi fue por ventura que todos doze me »los mataron en un dia de batalla, mas pero non dexé »por ende de conortarme y de esforçarme...» Y luego, muy en secreto le dice: «Don Gonçalvo, yo finco prenada de vos, et ha mester que me digades cuemo tenedes por bien que yo faga ende». Et él dixo: «Si fuese varón dar le hedes dos amas, quel crien muy bien, et pues que fuere de edat, que sepa entender bien et mal, dezir le hedes cuemo es mio fijo, et enviar me le hedes á Castiella, á Salas». Et luego quel esto ovo dicho, tomó una sortija de oro que tenie en su mano, et partiola por medio, et dió á ella la meetat, et dixol: «Esta media sortija tenet vos de mi en sennal, et desque el ninno fuere criado, et me lo enviaredes, dárge la hedes, et mandar le hedes que la guarde et que la non pierda, et quando yo viere esta sortija connoscer le he luego por ella».

Gonzalo Gustios, puesto en libertad por Almanzor, que se apiada de su inmensa desdicha, vuelve á su casa de Salas. Al cabo de pocos días nace en Córdoba el bastardo, á quien ponen por nombre Mudarra González. El noveno y último capítulo de los que la *Crónica General* consagra á este lúgubre episodio, cuenta sus aventuras. A los diez años le arma Almanzor caballero, y arma también y le da para su servicio 200 escuderos, que eran de su linaje por parte de su madre. Sabedor de su historia, se encamina con ellos á Castilla en busca de su padre, que le reconoce por la

señal de la media sortija, y le confía el cuidado de su venganza. Desafia Mudarra á Roy Blasquez delante del conde Garci Fernández; pero el traidor se burla del reto y de los fieros y amenazas de su sobrino. Mudarra le asalta en el camino de Barbadillo, y diciendo á grandes voces: «Morrás, alevoso, falso é traydor», le hiende con la espada hasta la cintura, matando además á 30 caballeros que iban en su compañía. «Empos esto, á tiempo despues de la muerte de Garci Ferrandez, priso á donna Llambra, mugier daquel Roy Blasquez, et fizola quemar, ca en tiempo del cuende Garci Ferrandez non lo quiso facer, porque era muy su pariente del cuende».

Difícil, ó más bien imposible, es averiguar lo que haya de cierto en el fondo de esta tradición. Algunos nombres de los que en ella figuran (Gonzalo Gustios, Ruy Velasquez, D.^a Lambra), suenan también en escrituras y otros documentos del siglo x; pero esta homonimia nada prueba por sí sola para identificar á los personajes que los llevan, exceptuando el primero, que parece ser realmente el Gustios señor de Salas. La leyenda, por otra parte, como todas las leyendas castellanas, tiene un carácter tan realista, tan profundamente histórico, tan sobrio de invenciones fantásticas, que parece imposible dejar de ver en ella el trasunto fiel de una tragedia doméstica que impresionó vivamente los ánimos en un siglo bárbaro, y que hubo de pasar á la poesía con muy leves alteraciones. La geografía es muy exacta y se contrae á un territorio muy pequeño; los hechos, á pesar de su bárbara fiereza, nada tienen de inverosímiles, exceptuando las enormes matanzas de moros, hipóbole obligada en este género de canciones, comenzando por la de *Rollans*. La parte de pura invención se distingue en seguida: el personaje del vengador Mudarra, imaginado para satisfacer la justicia poética. Su novelesco origen, el medio de su reconocimiento, pertenecen al fondo común de la poesía de los tiempos medios, y

tienen equivalentes en la epopeya francesa. El señor Menéndez Pidal recuerda á este propósito el primitivo poema de *Gallien*, que se ha perdido, pero cuya substancia se encuentra en una compilación del siglo xv, titulada *Viaggio di Carlo Magno in Spagna*. Alguien objetará que tanto este *Viaggio* como el poema franco-italico del cual este episodio inmediatamente procede, son muy posteriores á nuestra leyenda de Mudarra, que en el siglo xiii vemos ya, no sólo desarrollada del todo, sino reducida de verso á prosa y estimada como fuente histórica. Pero aunque puedan citarse algunos casos de influjo de la epopeya castellana en la francesa, siendo el más notable el de *Ançeis de Cartago*, es más verosímil la influencia contraria, por tratarse de una poesía más antigua y más universalmente difundida. Hemos de suponer, pues, que el primitivo *Gallien*, hoy desconocido, antecedió, si no á la gesta de los infantes, con la cual en el fondo no tiene la más remota analogía, á lo menos á la invención del bastardo Mudarra, que pudo muy bien ser añadida por algún juglar al tema épico ya existente.

¿Fué el cantar de los infantes que conocemos por la *Crónica General* el único poema antiguo sobre este argumento? ¿No habría ninguna forma de transición entre él y los romances? Gracias á las investigaciones del Sr. Menéndez Pidal, podemos contestar resueltamente que sí. Hubo, por lo menos, un segundo cantar, compuesto después de la *Crónica* de Alfonso el Sabio y antes del año 1344. Hubo, según vehemente probabilidad, un tercer cantar posterior á esta fecha. Uno ú otro influyeron á su vez en las historias eruditas, y modificaron profundamente los datos de la leyenda.

Existe, como ya hemos tenido ocasión de advertir, una crónica particular del conde Fernán González, á la cual va unida la historia de los Siete Infantes de Lara (Burgos, 1537). Esta crónica, que se dice transcrita de un libro viejo del monasterio de Arlanza, no ha salido directamente de la *General*. Tiene con ella las

mismas relaciones que la crónica particular del Cid, sacada por Fr. Juan de Velorado del archivo de Cardena é impresa en 1512, también en Burgos. Estos dos grandes fragmentos son parte de una refundición total de la *Crónica de don Alfonso el Sabio*, hecha en 1344, probablemente por mandato de D. Alfonso XI, gran continuador de las empresas jurídicas y aun de algunas de las literarias de su bisabuelo. Esta segunda crónica se enriqueció con nuevos materiales poéticos, que no eran todavía los romances, pero que estaban ya muy próximos á ellos. Ésta es la que llamamos segunda fase épica ó nueva generación de *Cantares de gesta*, todavía más extensos que los antiguos, de los cuales eran visible amplificación. Por lo que toca á los infantes de Lara, conocemos el segundo cantar mucho más completamente que el primero, puesto que no sólo nos quedan de él reducciones en prosa en las dos Crónicas (segunda *General* y particular de *Fernán González*) ya mencionadas, sino también largos fragmentos versificados, en una refundición de la que el Sr. Menéndez Pidal llama *tercera Crónica General*, contenida en un manuscrito de la Biblioteca Nacional, F.-85; documento análogo á la famosa *Crónica rimada*, en que tanto espacio ocupan las mocedades de Rodrigo.

Las principales diferencias entre este segundo cantar y el primero se encuentran especialmente en la segunda parte de la leyenda, en las aventuras de Mudarra, tan sobriamente indicadas en la gesta antigua, y que aquí cobran gran desarrollo, y se enriquecen con accidentes novelescos, hasta el punto de constituir, no un mero desenlace ó epílogo, sino una segunda parte, en la cual se observan todos los ingeniosos artificios de que se vale la épica decadente para mantener vivo el interés y excitar la curiosidad de los oyentes. Es, por decirlo así, el tránsito de la epopeya á la novela. Es el período en que se cantan las mocedades de Roldán, las del Cid, las de Mudarra. Éste empieza

por ignorar su nacimiento; pero oyendo llamarse *figo de ninguno* por el Rey de Segura, con quien jugaba al ajedrez, le mata con el tablero por no tener otra arma á mano, y sólo entonces descubre el enigma de su destino.

Adiciones del mismo género son la triste vida que pasan el ciego Gonzalo Gustios y su mujer en Salas, el sueño profético en que D.^a Sancha ve un azor gigantesco, los interesantes pormenores de la llegada de Mudarra á Castilla, los prodigios de soldarse las dos mitades del anillo que sirve para el reconocimiento, y recobrar Gustios instantáneamente la vista; la forma de adopción de Mudarra por su madrastra, la persecución de Ruy Velázquez por toda Castilla, y finalmente, los horribles detalles del suplicio de éste, que muere jugado á las cañas y bofordado, bebiendo doña Sancha la sangre de sus heridas, todo ello conforme con el depravado y bárbaro gusto del siglo XIV, en que no faltaban espectáculos como el suplicio del rey Bermejo en los llanos de Tablada. El nuevo juglar, como el antiguo, conocía la epopeya francesa, y la explota en sus formas degeneradas, tomando de las últimas refundiciones de la canción de Roncesvalles la fuga del traidor Ganelón y su castigo, que aquí se repiten aplicados á Ruy Velázquez (1).

Pero no todas las invenciones del nuevo poeta son de tan vulgar y desapacible carácter como esta última. Los detalles domésticos en que á veces entra tienen un sabor como de pequeña odisea, y no es despreciable el artificio con que lleva su cuento. Le falta ingenuidad, le falta la plena objetividad épica; pero como todavía está cerca de la fuente, cuando no se empeña en inventar cosas extraordinarias y se limita á refun-

(1) No es tan seguro que tomase del *Gallien* el lugar común de la partida de ajedrez, que está ya con circunstancias muy análogas en el *Bernaldo* de la *General*, y se repitió en varios romances.

dir consigue bellezas dignas de los mejores tiempos de la poesía heroica, si bien ceslucidas un tanto por la amplificación verbosa y amanerada. Un ejemplo de esto hallamos en el magnífico trozo del llanto de Gonzalo Gustios sobre las cabezas de sus hijos, que es el más extenso é importante de los fragmentos que ha descubierto y restaurado el Sr. Menéndez Pidal.

No se puede afirmar con tanta resolución la existencia de un tercer cantar; pero induce á creer en él una cierta *Estoria de los Godos* (contenida en el manuscrito F.-182 de la Biblioteca nacional) que presenta asonantes distintos de los que dominan en la crónica de 1344, y difiere de ella en algunas circunstancias de poca monta, acercándose más á los romances. De todos modos, esta refundición, si la hubo, fué muy ligera,

Por otra parte, basta con la primera *gesta* para explicar la generación de los romances viejos relativos á los infantes, incluso de los dos que se resistieron al análisis de Milá, por no haber conocido más texto que el de Ocampo. Uno es aquel de tan sombría y trágica belleza, que principia:

Pártese el moro Alicante,—vispera de Sant Cebrián...

Este romance es un rápido y elocuente resumen del llanto de Gonzalo Gustios sobre las cabezas de sus hijos, en la *gesta* segunda, descubierta por el Sr. Menéndez Pidal. Pondremos algunos versos para que á simple vista pueda hacerse la comparación:

ROMANCE

Tomara otra cabeza—del hijo mayor de edad:
«Sálveos Dios, Diego Gonzalez—hombre de muy gran bondad,
Del conde Fernán Gonzalez—alferez el principal:
A vos amaba yo mucho—que me habiades de heredar».
Alimpiándola con lagrimas—volviérala á su lugar,
Y toma la del segundo.—Martin Gomez que llamaban:
«Dios os perdone el mi hijo—hijo que mucho preciaba:
Jugador era de tablas—el mejor de toda España,
Mesurado caballero,—muy buen hablador en plaza».
Y dejándola llorando,—la del tercero tomaba:

«Hijo don Suero Gonzalez.—todo el mundo os estimaba;
Un rey os tuviera en mucho—solo para la su caza;
Gran caballero esforzado,—muy buen braceró á ventaja.
¡Ruy Velazquez, vuestro tío,—estas bodas ordenara!»
Y tomando la del cuarto,—asamente la miraba:
«Oh hijo Fernán Gonzalez—nombre del mejor de España,
Del buen coude de Castilla—aquí que vos baptizara),
Matador del puerco espin,—anigo de gran compañía!
Nunca con gente de poco—os vieran en alianza».
Tomó la de Ruy Gonzalez;—de corazon la abrazaba.
«Hijo mio, hijo mio!—¿Quién como vos se hallara?
Nunca le oyeron mentir,—nunca por oro nin plata;
Animoso, gran guerrero,—muy gran feridor de espada,
Que á quien dábades de llenó,—tullido ó muerto quedaba».
Tomando la del menor,—el dolor se le doblara:
«Hijo Gonzalo Gonzalez,—los ojos de doña Sancha!
¿Qué nuevas irán á ella—que á vos más que á todos ama?
Tan apuesto de persona,—decidor bueno entre damas,
Repartidor de su haber,—aventajado en la lanza!
Mejor fuera la mi muerte—que ver tan triste jornada»
Al duelo que el viejo hace—toda Córdoba lloraba.

CANTAR DE GESTA

La cabeça de [don] Muñe—tornola en su lugar,
E la de Diego Gonzalez—[en los braços] fue á tomar
E mesando sus cabellos—é las barbas de su faz:
«Señero so, e mezquino—para estas bodas bufordar!»
Fijo Diego Gonzalez—á vos amava yo más,
Fazialo con derecho—ca vos naciérades ante.
.....
La cabeça de don Diago—entonce fue á besar,
E alimpiándola con lagrimas—volviérala á su lugar.
Cada un, como nasció—asi las yva tomar,
La de [don] Martin Gonzalez—en [sus] braços la tomava:
«O fijo Martin Gonzalez—persona mucho onrada,
¡Quien podrie asmar—que en vos avie tan buena maña!
Atal jugador de tablas—non lo avie en toda España,
Bien e mesuradamente—vos fablavades en plaça».
.....
La cabeça de Martin—luego llorando dexava
E la de Suero Gonzalez—en [los] braços la tomava:
.....
«De aves erades maestro,—non avie vuestro par
En caçar muy bien con ellas—e á su tiempo las mudar.
Malas bolas vos guisó—el hermano de vuestra madre,
A mi metio en cativo—á vos levó á descabeçar.»
.....
Desi besó la cabeça—e llorando la dexó: